

## **CENTENARIO DE UN COLOMBIANO ILUSTRE**

**Por: MIGUEL AGUILERA.**

*Artículo del Boletín de la  
Sociedad Geográfica de Colombia  
Número 68, Volumen XVIII  
Cuarto Trimestre de 1960*

**C**onmemora en estos días la Patria colombiana el centenario del natalicio de uno de sus más egregios hijos, mayormente conocido por sus obras que por su propio nombre: el geógrafo, historiador, físico y militar General don Francisco Javier Vergara y Velasco. La cultura nacional, así en lo científico y universal como en lo deontológico de la carrera de las armas, le debe al insigne personaje el tributo adecuado a sus merecimientos, como se verá en estas anotaciones escritas por quien apenas le vio algunas veces andando por las calles de Bogotá, envuelto en su capote prusiano, con paso firme y ponderado que contrastaba con su cuerpo menudo y poco armado de carnes, y ostentando una barbita como de mariscal ucraniano; pero quien, desde hace mucho tiempo, admira en las producciones de su inteligencia y de su noble sentido práctico. Si en presencia de personas medianamente instruidas nombramos por sorpresa al General Vergara y Velasco, es probable que apenas se cuente, una, o unas pocas que caigan en la cuenta de la importancia del notable compatriota. Pero si en vez de evocado por su nombre nos referimos a la voluminosa y amena geografía de Colombia, no apta para aprendida sino para consultada, no habrá uno solo siquiera que ignore la existencia de ese Sinaí de ciencia, de paciencia y de experiencia.

Nació don Francisco Javier en la ciudad de Popayán el 15 de junio de 1860. Fueron sus padres el renombrado jurista, político y periodista bogotano doctor Eladio Vergara y Vergara y doña Paulina Velasco, quienes ocasionalmente se hallaban en la capital del Cauca, por la dificultad de viajar a Bogotá, después de su matrimonio, a causa de la revolución armada que el General Tomás Cipriano de Mosquera, Gobernador de ese Estado, acababa de promover contra el gobierno central a cargo del doctor Mariano Ospina. Sin el inesperado percance, Vergara y Velasco hubiese nacido en la misma

cuna de su limpio linaje paterno. Hijo de hombre íntimamente familiarizado con las letras, mostró don Francisco Javier desde su primera infancia, auténtica inclinación por el estudio. Conseguido el aprendizaje elemental, cuando apenas contaba diez años, ingresó al colegio que regentaba don Ricardo Carrasquilla, donde contrajo los excelentes hábitos escolares que le permitieron pasar al célebre Instituto que se honraba con el nombre de Pío Nono, dirigido por el notable educador don José Vicente Concha, padre de quien, medio siglo después, ocuparía el primer sillón de la República.

Según los comprobantes que los hijos de don Francisco Javier conservan con religioso afecto, se advierte que la predilección del joven Vergara oscilaba entre las matemáticas y las ciencias físicas. Las menciones honoríficas se polarizaban con mayor insistencia sobre las asignaturas, para las cuales demostraba no sólo don natural de asimilación, sino voluntad de dominio. Sin embargo, cuando mayor brío desplegaba el joven, una conmoción política se produjo, que afectó penosamente la marcha de la educación pública, y en forma doblemente adversa, el funcionamiento de los colegios dirigidos por educadores del partido que por segunda vez en la historia nacional, se había declarado en rebelión contra el Gobierno constitucional.

Fue en el año de 1876 cuando por excesos banderizos en el Estado Soberano del Cauca, el partido conservador decidió lanzarse a los campos de batalla contra el Gobierno de don Aquileo Parra, en vista de la impotencia constitucional de éste para poner a raya a los violentos de su bando. Por aquel tiempo era capítulo del programa de la cabal varonía en los jóvenes de uno y otro partido, incorporarse a título de simples soldados rasos en los cuerpos de tropa que se disponían a luchar con el rifle entre las manos por la victoria de su bandera o por la supervivencia de sus principios.

Fue así como a los dieciséis años de edad Francisco Javier pidió que se le aceptase en las filas revolucionarias que tuviesen que combatir cuanto antes, y mientras más cerca de la sede del Gobierno, tanto mejor. Impulsado por ese ardiente anhelo, y guiado por aquella ambición juvenil, fue como se vio de pronto comprometido en la encarnizada batalla de Garrapata, en las cercanías de Honda; en la que según la expresión exacta y verídica del joven guerrero "combatieron los mayores ejércitos que había visto el país".

Vencido el conservatismo en la dura contienda provocada por él a causa de los padecimientos con que se le afligió en varias zonas de la República, tornó al estudio el joven Vergara y Velasco, prefiriendo la carrera de la ingeniería. Esta satisfacía su gusto y su atracción por las leyes físicas. Sin embargo no fueron los trabajos peculiares de aquella carrera los que embargaron con mayor firmeza su querer vocacional, sino el examen de los caracteres típicos del suelo colombiano, tomándolos en su

concepción de gigantesca unidad geológica y de extensa entidad geográfica. Consultando cuanto se había escrito por nacionales y extranjeros, venciendo dificultades materiales, luchando contra la inacción oficial, y tropezando con datos antagónicos, llegó Vergara y Velasco al cabo de los años a la meta ambicionada. Como según la máxima bíblica nadie es profeta en su propia Patria, la recompensa le vino de los más famosos centros investigativos de Europa y Norteamérica, según lo acreditan los diplomas, medallas y certificaciones que celebraban la aplicación e inteligencia de su labor, de sus exploraciones y de su verificación cartográfica. Aparte eso de las citas que se hacen en obras serias de la época, de sus minuciosas exposiciones.

Quizá fuese contrapeso en su tarea científica la sorprendente facilidad para exponer, y la invencible tendencia a multiplicar voces y giros más o menos necesarios, que a menudo le arrojaban de bruces sobre conjeturas o soluciones empíricas, y sobre la consiguiente comisión de errores de cálculo o de ubicación. Como era afirmativo y rotundo en sus apreciaciones, la crítica local no perdonaba oportunidad de cobrarle con rigor ínfimas equivocaciones, que no influían en lo sustancial de su disertación. Empero, la conformación filosófica del sabio le apartaba de reacciones contra quienes le zaherían o motejaban, o le reducían a los términos de la caricatura, por falta de elasticidad en el criterio y por el morboso deleite de deprimir a quien lucha por señalarse en el plano cultural de su país.

Si como cartógrafo, ingeniero, historiador y geógrafo el General Vergara y Velasco ganó merecida reputación de ciudadano disertador, no menos luminosa fue su estrella en el campo de la milicia científica. Acaso un bizarro espíritu de aventura, o la convicción de que la seguridad de la República, o la idea de que el recurso más adecuado para educar el carácter de las gentes está en la perfecta estructura y organización del ejército, Vergara y Velasco aprovechó lo más eficaz de su temperamento en concebir el plan normativo y táctico de la fuerza armada de Colombia. Se entregó con tesón incomparable a estudiar la historia militar del mundo moderno; a compilar el pensamiento de los grandes estrategas prusianos y franceses; a encarecer las máximas morales enunciadas por los clásicos de la literatura marcial como corolario de las grandes victorias o de las más sensibles derrotas. Aquí no cuento con espacio suficiente para relacionar los cargos honoríficos con que los gobiernos de uno y otro partido le distinguieron, así para que desde ellos impartiera ejemplo laudable, como para establecer lo que bien pudiera llamarse la sana tradición castrense.

Las varias misiones militares extranjeras que desde 1880 se contrataron para darle vida y temple de acero a la institución armada, contaron con la vivaz colaboración de Vergara y Velasco, en forma y medida útiles como para que los técnicos de ultramar no economizaran votos de aplausos y reconocimiento para el joven militar que captaba tan velozmente su pensamiento y sus instrucciones.

Con admiración se recuerda cómo al implantarse una nueva táctica, bajo la dirección de la misión chilena constituida por los comandantes Guillén y Ahumada, el General de División Francisco Javier Vergara y Velasco, no tuvo el menor inconveniente en retroceder al grado de mero Teniente, para comenzar los estudios impuestos por el Presidente Rafael Reyes. Otros compañeros suyos no se sometieron al sacrificio transitorio, por considerarlo depresivo para su dignidad militar. La abnegación de tan egregia figura, acaso la más encumbrada, sirvió de ejemplo a otros insignes jefes que siguieron sus pasos, ingresando a la llamada Escuela Superior de Guerra.

Durante la última contienda civil producida entre los años de 1899 y 1902, el General Vergara y Velasco atendió de preferencia a la administración de los elementos peculiares de la contienda: artillería, fusiles, ametralladoras, arma blanca, proyectiles, ropa, alimentos, drogas, personal agregado, etc. Al mismo tiempo se le encargó la defensa de la capital de la república y sede del gobierno, que varias veces se vio amenazada por poderosas fuerzas que llegaron hasta Soacha, Uñe, Facatativá y Usme. Tanta era la fe que se tenía en los conocimientos estratégicos del famoso ingeniero militar.

El crédito de este preclaro hijo de Colombia se alzó sobre las excepcionales calidades y aptitudes suyas. Nada de influencias políticas, ni de palancas que no salieran de su propia e íntima personalidad. Famosos científicos del mundo no callaron admiración, se eximieron de citar en sus libros las informaciones y comentarios que encontraban en los de Vergara y Velasco. Eliseo Reclus le dio el título de "amigo y colaborador". Frank Chapman, autor de una curiosa y original geografía ornitológica, copió del geógrafo colombiano datos ilustrativos. Institutos científicos de bien lograda fama le incluyeron en sus nóminas de corresponsales extranjeros.

Después de rigurosas pruebas, y sin que para ello obraran consideraciones personales, Vergara y Velasco fue recuperando en la Escuela Superior de Guerra, grado por grado, hasta llegar otra vez a ocupar en el escalafón nacional la dignidad de General de División, con alabanza de los instructores chilenos Guillén y Ahumada, primero, y Charpín y Díaz en una segunda temporada.

Por vía anecdótica refiero dos episodios que la literatura bogotana brinda desde el campo humorístico, cultivado con tanta gracia, y explotado a fines del siglo XIX y comienzos del XX.

Por ser tan frecuentes las ocasiones en que la erudición de Vergara y Velasco se prodigaba en meteorología, estética, numismática, física, química, arqueología, botánica, astronomía, estadística, cartografía, historia, y en cuanta ciencia solía servirle para apuntalar sus asiduas explicaciones en

revistas, folletos, periódicos, libros, y en las numerosas cátedras que atendía, por ser tan numerosas esas ocasiones -repito- los versificadores y cronistas de aquel tiempo se distraían haciendo zumba de los extensos, variados y universales conocimientos de Franjaver. Este era el seudónimo con que firmaba Vergara y Velasco sus producciones de tono menos grave. No hay para qué advertir que en esa época Bogotá apenas pasaba de los cien mil habitantes, y que por lo estrecho del perímetro urbano, medio mundo conocía al otro medio. A Franjaver lo conocía el mundo entero por su dignidad, jerarquía e ilustración. Era aquel de la época en que se hablaba de sólo dos sabios; don Julio Garavito y el General Francisco Javier Vergara y Velasco.

Pero como había que hacer mofa de tan sanas prendas intelectuales para distraer a las gentes aburridas, le correspondió al popular y alegre poeta, bohemio agradable, Alejandro Vega, presentar alegóricamente la sabiduría de Vergara en el siguiente magistral soneto:

#### A FRANJEVER

Cifra y compendio del saber humano,  
De artes y ciencias perennal derroche,  
Tú serás de los sabios el reproche  
y del mismo Reclus la diestra mano.

Spencer ante ti fuera un enano,  
Laplace un Endimión de media noche,  
Rufino Jota Cuervo un mal fantoche  
y hasta Leroy-Beaulieu saliera vano.  
¡Quién por arte de magia portentoso  
Te tomara en epítome sencillo,  
Portátil, consultable y sentencioso,

Para saber las artes al dedillo  
y en vez de un Pierre Larouse voluminoso  
Llévate encuadernado entre el bolsillo!

También el humorista bogotano Clímaco Soto Borda tenía que poner su castaña al fuego, en prosa divertida y guasona. Pero inteligente, y de buen criterio, como sospechase que las gentes serias

condenarían su atrevimiento, remató el capítulo de ligerezas con un hermoso reconocimiento. Son estas las palabras de reparación de Soto Borda:

"Y basta de guasa. Las cosas en su punto. El señor Vergara vale; y vale mucho. Su buena fe y su carácter son dos líneas rectas, dos paralelas que al juntarse allá, en lo infinito de su sabiduría, forman un punto; punto de partida de todas sus acciones: la hombría de bien. Esta que lo hace invulnerable, que le granjea el respeto de todos y la estimación general".

